

**bam
bú**

**El chico
más veloz
del mundo**

**Elizabeth
Laird**



El chico más veloz del mundo

Para mi nieto George

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Título original: *The Fastest Boy in the World*

Publicado por acuerdo con Macmillan Children's Books.

© 2016, Elizabeth Laird, por el texto
© 2016, Celia Filipetto, por la traducción
© 2016, Rafa Castañer, por todas las ilustraciones
© 2016, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-8343-404-8
Depósito legal: B-1091-2016
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



**El chico
más veloz
del mundo**

**Elizabeth
Laird**

Ilustraciones de
Rafa Castañer

Traducción de
Celia Filipetto

**bam
bú**
EDITORIAL



Capítulo uno

Cuando sueño siempre estoy corriendo, corriendo. A veces los pies vuelan, se elevan por encima del suelo, y estoy seguro de que si pudiera correr un poco más rápido volaría como un águila. A veces las piernas me pesan como troncos, pero sé que debo seguir y llegar a la meta cueste lo que cueste.

Corro desde que aprendí a caminar. Nada más dar los primeros pasos, iba detrás de mi padre, tambaleándome tan deprisa como me lo permitían las piernecitas, cuando él se iba al mercado montado en nuestra burra.

–¡Solomon! ¡Vuelve aquí! –me gritaba mi madre. Yo no le hacía caso, así que salía a buscarme, me

levantaba en brazos y regresaba a casa riéndose conmigo.

Así empezó mi niñez. Y recuerdo como si fuera hoy la noche en que todo cambió.

Tenía once años. Bueno, eso creo. En el campo, en Etiopía, nadie se fija demasiado en la edad que tienes.

El día había tocado a su fin y la puerta de nuestra casa estaba bien cerrada. Siempre temblaba de solo pensar en la noche ahí fuera. No era por la oscuridad y el frío, sino porque en las sombras podía merodear alguna hiena o algo peor, algo demoniaco.

Tendré que explicar cómo era la casa de mi familia, por si nunca has estado en Etiopía. Era redonda, como la mayoría de las casas de esa zona de nuestras frías tierras altas, con el tejado de paja, de varios metros de altura y acabado en punta. Tenía un único cuarto, con el fuego encendido en el centro. Se llenaba de humo, pero nos abrigaba y daba luz. En un extremo había una valla y detrás vivían nuestros animales, de noche, claro. Porque de día estaban fuera pastando.

Como te decía, esa noche Ma revolvía la olla con el guiso que tenía al fuego. Olía tan bien que me entró un hambre tremenda.

—¿Cuántos años tengo, Ma? —dije de repente. No sé por qué me dio por hacerle esa pregunta.

–Vamos a ver –dijo distraída y echó a la olla otra pizca más de ají picante. Me di cuenta de que no me escuchaba.

Abba (así es como llamábamos a mi padre) sí que me escuchaba. Acababa de volver de trabajar en nuestra granja. Se sentó en un taburete al lado del fuego, y se notaba que tenía tanta hambre como yo.

–Naciste el año en que la cosecha fue tan mal, y tuvimos que pedirle dinero prestado a tu tío –dijo.

Ma lo miró llena de reproche.

Abba parpadeó con cara de sentirse culpable.

–Me he equivocado –dijo sin inmutarse–. El que nació ese año fue Hailu.

Hailu era mi hermano mayor, pero murió cuando yo era pequeño. Ma siempre suspira cuando alguien lo menciona.

Abba le lanzó una mirada de comprensión y se rascó la cabeza.

–Ah, sí, ya me acuerdo –dijo–. Naciste el año en que vino el mago y convirtió mi bastón en una varita de oro.

Me encantaba cuando a Abba le daba por gastar bromas. Konjit, mi hermana menor, se había dedicado a recoger las ramitas sin quemar y a echarlas al fuego mientras se retorció un mechón de pelo que le caía sobre la frente. Solo usa una mano cuando hace

algo de provecho. Porque con la otra siempre se está toqueteando el pelo. En esa ocasión, dejó de hacerlo durante un buen rato.

–Ah –dijo, los enormes ojos marrones grandes como los botones de la chaqueta de algodón del abuelo–. ¿Una varita de oro? ¿Dónde está?

Le di un codazo, para que supiera que había notado que se hacía la tonta, y la agarré enseguida no fuera a ser que se cayera al fuego.

–Se convirtió otra vez en bastón en un abrir y cerrar de ojos –dijo Abba, y me echó una mirada maliciosa–. Pero no fue ese año, no. Naciste cuando Cuerno Torcido tuvo mellizos, pero resultó que después no eran terneros sino un par de gallinas. ¡Si los hubieras visto! Se pusieron a aletear por todos los rincones.

Todos nos reímos; incluso el abuelo, que descansaba en el banco de barro que rodea la pared de la casa, soltó una especie de silbido oxidado que daba a entender que también se reía. Pero Konjit ni siquiera sonrió. Parecía muy sorprendida.

–Las vacas no tienen gallinas, Abba –dijo seria–. Lo sabe todo el mundo.

Siempre se traga el cuento.

Desde el establo detrás de la valla de palos, en ese preciso momento nos llegó un resoplido. Sabía

que era Cuerno Torcido, y no Cola Larga ni Pezuña Grande. Me conozco las voces de todos nuestros animales. Reconozco a nuestra burra (se llama Suerte) entre todos los demás burros del mercado solo por su rebuzno. También reconozco a nuestros tres perros, claro está, pero ellos no entran en casa. A ellos les toca quedarse fuera y vigilar nuestra granja. Saben cuidarse solos.

–Tienes toda la razón, querida. Las vacas solo tienen terneros –dijo Abba, tirando de Konjit y acercándola para que pudiera apoyarse en su brazo. Supe que la broma había terminado. Al caer la noche estaba muy cansado y no daba para más. Había pasado todo el día trabajando en la granja.

–La cena está lista –anunció Ma por fin. Sacó la enorme bandeja esmaltada y puso en ella un enorme pan redondo y plano. (Nuestro pan se llama *injera*; es blando, fino y está riquísimo.) Sirvió varias cucharadas de guiso de la olla y las fue poniendo delante de cada uno de nuestros sitios.

El abuelo se levantó y se reunió con nosotros junto al fuego. Yo esperaba con expectación.

«Cinco», dije para mis adentros.

Conté los pasos que daba mi abuelo y, efectivamente, al quinto paso, las rodillas le crujieron como palitos al partirse.

(Es algo que me gusta hacer, adivinar números, quiero decir. Es un juego secreto que juego conmigo mismo y con mi amigo Marcos cuando tiene ganas.)

El abuelo se sentó en el taburetito que Abba le había preparado.

–Solomon tiene once años –dijo.

A esas alturas se me había olvidado que había preguntado cuántos años tenía. Me tocaba pasar con el cuenco y la jarra de agua para que todos se lavasen las manos antes de comer, pero tenía tanta hambre que no pensaba más que en el guiso.

Todos comimos sin decir ni mu, pero cuando nos quedamos satisfechos el abuelo se acomodó en el taburete y repitió, aunque esta vez más pensativo:

–Solomon tiene once años.

Me pareció que divagaba, pero no. De pronto enderezó los hombros, se apartó del cuello la punta del pesado mantón blanco, como si tuviera calor y, por tercera vez, dijo:

–Once. Ya es bastante mayor. Nos iremos mañana.

Mis padres guardaron silencio. Ma iba a llevarse la mano a la boca, pero se quedó quieta. Abba había sacado del bolsillo interior el escarbadietes de madera. También se quedó quieto.

–¿Adónde iréis? –susurró Konjit. No se atrevía a levantar la voz en presencia del abuelo. Yo sabía que

se moría por añadir: «Donde sea que vayáis, ¿puedo ir con vosotros?», pero no se le habría ocurrido nunca ser tan irrespetuosa. Me alegré de que hiciera la pregunta, porque yo también me moría por saberlo.

—A Adís Abeba —dijo el abuelo, con la misma tranquilidad que si estuviera hablando de Kidame, el pueblo más cercano, donde voy a la escuela y Abba al mercado de los jueves—. Tengo que ver a un hombre. Solomon puede acompañarme. Ha llegado la hora de que conozca un poco el mundo, además, puede que necesite su ayuda.

El corazón me había empezado a latir con fuerza y me notaba la cara ardiendo. ¡Adís Abeba! ¡La capital! El hermano de Marcos había ido una vez. Y cuando regresó, nos contó unas historias de lo más asombrosas sobre edificios inmensos con paredes de cristal, calles llenas de coches, y la gente vestida con ropa elegante, y escaleras móviles. Yo nunca había ido más allá de Kidame. Diría que no está mal, pero es un pueblo. Tiene una calle principal que se convierte en barrizal cuando llegan las grandes lluvias. El autobús pasa una vez al día, y a veces también pasan coches.

La escuela estaba como a ocho kilómetros de mi casa. Por las mañanas iba corriendo todo el trayecto, porque nuestra maestra se enfadaba si llegábamos

tarde. Luego, por la tarde tenía que volver a casa corriendo. Aunque a veces los últimos metros iba caminando.

En Kidame no éramos del todo pueblerinos. En la calle principal había una tienda a la que la gente iba a comprar los jueves cuando necesitaba alguna cosa. El jueves era día de mercado, y ahí se conseguía de todo. En Kidame también había electricidad. En el bar hasta tenían televisión. A veces Marcos y yo nos pegábamos a la ventana para verla y disponíamos de cinco o diez minutos antes de que el camarero viniera a echarnos.

En la casa de Marcos había luz eléctrica. Por la noche hacía los deberes bajo una bombilla, no como yo. Qué suerte la de Marcos. Yo tenía que ponerme con los libros lo más cerca posible del fuego. No veía muy bien y encima se me ensuciaban. Si los acercaba demasiado, podían llegar a chamuscarse. Además, la casa de Marcos estaba cerca de la bomba de la que siempre salía agua corriente. Mi madre tenía que salir todas las mañanas con un cántaro grande y pesado a buscar agua al arroyo al pie de la loma, Konjit iba corriendo detrás de ella y llevaba su propia vasija.

En fin, que sigo con mi historia.

Ma seguía mirando boquiabierta al abuelo.

–¿Cuánto... cuánto vais a...? –le dijo al abuelo y lo miró suplicante.

–Es un día andando –dijo el abuelo–. Saldremos mañana al amanecer y llegaremos al atardecer. ¿Te acuerdas de mi sobrino Wondu? Estaremos dos noches con él, cerca de la zona de Piazza. A la mañana siguiente regresaremos a Kidame en el autobús. Y déjate de alborotos, por favor. A Solomon no le pasará nada, tiene vacaciones en la escuela y no perderá las clases.

Me encantaba cómo hablaba, seguro y confiado, sobre Piazza, fuera lo que fuese, y cómo decía eso de regresar a casa en autobús. ¡En autobús! Nunca había viajado en autobús.

Abba tenía pinta de preocupado.

–Han pasado un montón de años desde la última vez que fuiste a Adís Abeba, padre –dijo–. ¿Te acordarás de cómo ir? Dicen que ha cambiado mucho. Y caminar todo ese trayecto...

–Por eso necesito a Solomon –dijo el abuelo con brío–. Todavía no estoy acabado. Son solo treinta y siete kilómetros. La de veces que habré caminado yo en un día mucho más que eso. Pero prefiero ir acompañado, y Solomon vendrá conmigo.

No recuerdo el resto de la velada. A Ma le preocupaba que mi camisa estuviera limpia (solo tengo una,

aparte del uniforme del colegio). Después se inquietó por lo que nos llevaríamos para comer durante el viaje. El abuelo no le hacía ni caso, estaba muy ufano. Se apartó del fuego y fue a tumbarse en el banco de barro, se envolvió en su mantón como si fuese una manta. Al cabo de nada, se quedó dormido.

Abba me indicó por señas que fuera a sentarme a su lado.

–No me lo esperaba, Solomon –dijo en voz baja, con la vista clavada en el fuego que seguía resplandeciendo–. Un día de estos pensaba llevarte yo mismo a Adís Abeba. Ten cuidado. Tu abuelo es un anciano y Adís Abeba es una ciudad muy grande. Es posible que no se acuerde bien de cómo ir. No te des prisa y no lo inquietes. Deja que se apoye en ti cuando esté cansado.

Hurgó en el bolsillo de su túnica y sacó un fajo de billetes arrugados de un dólar. Desenrolló unos cuantos y me los dio.

–Por si tuvieras alguna emergencia –dijo–. Si tu abuelo no encontrara a su sobrino, o si algo fallara, con este dinero saldrás de apuros. Pero ojo, úsalo solo en caso de necesidad. Me fío de ti, sé que no lo vas a perder.

Nunca había tenido en mis manos tanto dinero. Me daba bastante miedo.

–En Adís Abeba hay ladrones –continuó Abba, muy serio. Le hizo una seña a Ma, que se levantó y bajó una bolsita que estaba en un estante, encima de las latas de cereales. Abba metió el dinero en ella y me enseñó cómo colgármela del cuello y esconderla debajo de la camisa.

–Listo, ten cuidado y que no se te pierda –dijo Ma. Arrugó la frente, estaba preocupada. Supe que el motivo era yo, más que el dinero, y a mí también me entró la preocupación.

Del fuego no quedaban más que unas pocas llamas débiles cuando nos acostamos. Me quedé mirando las sombras que se movían entre las vigas. Estaba demasiado nervioso para dormirme.

¿Qué diría Marcos cuando le contara que había estado en Adís Abeba? Se pondría verde de envidia. Entonces el estómago me dio un vuelco.

¿Y si perdía de vista al abuelo en las calles concurridas, llenas de gente? ¿Y si me atracaban los ladrones y me quitaban el dinero?

«Tendré mucho, muchísimo cuidado –me dije–. Cuidaré bien del abuelo».

Y de golpe me quedé dormido.